

dido cuando estudiaban en la Facultad, cosa equivalente a los aforismos de Galeno o de Hipócrates, por mucho que se tiñan de ciencia moderna? ¿Es que nuestros estudiantes universitarios, sea cual sea la carrera que estudien, no siguen pidiendo fórmulas fijas para cada uno de los problemas que se les puedan presentar en el ejercicio de su correspondiente profesión? ¿Es que no vivimos en un mundo en el que cada uno quiere conocer las respuestas fijas a los problemas con que tenga que enfrentarse? Si nuestro mundo es un mundo confuso, no lo es por el hecho de que las gentes se encuentren indecisas ante posibles diversas respuestas a los problemas, sino porque cuesta trabajo elegir entre esas respuestas; pero todos quieren la exacta, la que les convenga, la que les facilite su tarea profesional. Aquel Feijoo que, con un libro en la mano, parece dudar de lo que acaba de leer, intentando buscar una respuesta propia y lógica a su problema, sigue vigente, diciéndonos que es nuestra propia experiencia y son nuestras fuerzas intelectuales las que han de comprometerse en encontrar la solución a los problemas, y no lo que los otros nos digan. Nuestro mundo vive intelectualmente del principio de autoridad, porque la mayor parte de los hombres son incapaces de aceptar el *sapere aude* kantiano.

2.º *Cultura enciclopédica*.—La obra publicada de Feijoo nos abruma a todos por la cantidad de temas, disciplinas y materias que toca, y especialmente por el dominio que demuestra tener de todas ellas. Casi se puede decir que no hay parcela del saber humano, en el momento en que escribe, que no aparezca de alguna forma en sus discursos o en sus cartas. Pero esto puede ser una virtud o un defecto, según se mire. A Feijoo se le ha acusado de superficial, de copiar prácticamente artículos de revistas o de diccionarios enciclopédicos franceses. Sería entonces nuestro fralle una especie de erudito a la violeta, con la gran pretensión de aparentar sabiduría en disciplinas que le eran ajenas. De esta acusación se defendió él muy bien, y le defendió mejor el P. Sarmiento. Otros defensores de menos renombre han insistido también en que Feijoo no ha copiado ni plagiado a nadie. Hoy, ciertamente, no puede tomarse en serio semejante acusación. Todo lo contrario, no nos costaría trabajo aceptar que Feijoo nos demuestra en múltiples ocasiones que es un intelectual que conoce relativamente bien una serie de temas, sin que sea especialista propiamente dicho en ellos. Lo que a continuación necesitamos es preguntarnos si esto es criticable o elogiable. Coloquémonos en nuestra perspectiva actual: hoy condenamos irremisiblemente a quien trata de una materia sin ser especialista en ella. A quien toca temas que, de acuerdo con su profesión oficial, no le competen le decimos inme-

diatamente lo de «zapatero, a tus zapatos». ¿Voy a tolerar yo que hable del siglo XVIII quien no haya estudiado tan a fondo como yo dicho siglo? De ninguna manera. ¿Va a tolerar un científico cualquiera que alguien hable de un tema de su especialidad sin ser especialista en él? No faltaba más.

Pero seamos serios: ¿dónde está el límite entre el especialista y el verdadero conocedor de un tema? Es claro que en aquello en lo que yo he gastado muchos años debo saber más que el que sólo le ha dedicado unos meses. Pero, ¿qué se entiende por saber más? ¿Conocer mayor cantidad de datos? ¿Ser capaz de sintetizar lo esencial de algún problema? La síntesis, ¿sólo es posible desde un amplio conocimiento de los datos? ¿O basta tener un conocimiento serio, aunque no profundo, del problema?

Estamos sencillamente ante dos situaciones distintas: la del especialista y la del sabio. Llamo especialista al intelectual que tiene un conocimiento exacto de todos los detalles del problema; llamo sabio al hombre que conoce lo fundamental de cada tema, y que es capaz por ello de formular síntesis fundadas, válidas para funcionar como guías del conocimiento. Feijoo no pertenece al primer grupo, porque en realidad nos demuestra infinitas veces que no es un especialista en muchas de las cosas que trata; pero lo que sí nos demuestra es que conoce generalmente bien los temas que nos expone, y que estos temas abarcan una gran parte del espectro del saber humano. Si Feijoo hubiera pretendido ser un especialista en esto o en aquello, no habría la menor duda en el veredicto: un soberbio, con pretensiones de saber profundamente una multitud de disciplinas. Pero esa actitud no la encontramos nunca en Feijoo, aunque sí una especie de seguridad en la validez de sus argumentos y de sus conclusiones. Y esto no es producto de su soberbia, si es que alguna tenía, sino del convencimiento de que, frente a sus contemporáneos, sabía más que todos ellos, tenía mayor libertad de juicio, estaba menos comprometido con la ciencia oficial, y por lo tanto estaba capacitado para romper esquemas tradicionales que no consideraba válidos.

Vivimos en una época de especialistas. Todos queremos ser especialistas en algo, necesitamos serlo para tener un poco de credibilidad entre las gentes que nos rodean. Hasta los mismos sistemas educativos empiezan a especializar a los niños a edades muy tempranas. Dentro de poco habrá especialistas que digan al arrapiezo de diez años, a quien sólo le preocupa el juego, a qué especialidad debe dedicarse de inmediato. Y con tanta especialización estamos asesinando la cultura humana por un lado y a la humanidad misma por el otro. No hay cosa

que más me inquiete que el catedrático de una disciplina humanística que sólo se preocupa por lo que ocurre en torno a esa disciplina, y a veces sólo en torno a una parte de ella. O el de una disciplina científica que es incapaz de moverse en el mundo si le sacan de sus fórmulas. Me parece más culto (= cultivado) el pobre obrero que no pasó de una mala enseñanza elemental, pero que lee en sus ratos de ocio novelas policiacas o libros de vulgarización.

El tema de la cultura (o la incultura) de nuestros universitarios tampoco es un tema nuevo. El doctor Martín Martínez, al escribir en 1726 su *Carta defensiva* al primer tomo del *Teatro Crítico*, estampa estas palabras: «En nuestra España, feracísima de ingenios, pero escasa de cultura, se contentan nuestros sabios con meter su hoz en la mies propia, fundada sobre los cimientos de una acomodada filosofía, sin desear de las demás artes más que una ordinaria y superficialísima tintura» (4). No nos asustemos, pues, de lo que hoy ocurre. El problema de la especialización, de la exclusiva preparación para lo profesional, de la incultura en definitiva, de nuestros universitarios, es un tema muy viejo. Realmente, ¿ha sido la Universidad alguna vez creadora de cultura? ¿No habrán sido más bien algunos universitarios (y desde luego, también no universitarios), los que, a pesar de la Universidad, han hecho cultura? Feijoo, por ejemplo, y cuantos nombres se quieran citar. ¿Recordamos la Universidad paralela que fue la Institución Libre de Enseñanza? El caso es que las palabras de Martín Martínez explican bien el fenómeno feijoniano. También al P. Maestro le dijeron más de una vez: «Zapatero, a tus zapatos», y se lo dijeron los catedráticos, los músicos, los médicos, los historiadores, los frailes. Lo verdaderamente impresionante es que, juzgando de los conocimientos de Feijoo por el nivel de la ciencia de su tiempo, se nos aparece no como un especialista, sino como un hombre de una inmensa cultura, con personalidad propia, con capacidad para meter su hoz en la mies ajena, con el talento suficiente y el preciso método de análisis como para poder adivinar verdades científicas que sólo después se formularían como tales.

3.º *Libertad de espíritu*.—Nada de lo que acabo de decir puede darse si no se posee ese raro don de la libertad de espíritu. Hay palabras que se usan tanto a lo largo del día que corren el riesgo de no significar nada. Por eso quiero decir brevemente por qué Feijoo nos puede hablar todavía hoy en este sentido. En mi opinión, la libertad de espíritu es una combinación exquisita de independencia intelectual, de consciente seguridad en uno mismo, de prudente actitud de duda,

(4) Martínez Martínez: *Carta defensiva que sobre el primer tomo del Teatro Crítico Universal (...) le escribió su más aficionado amigo*, Madrid, Imprenta Real, 1726, p. 5.

de valentía para expresar lo que uno piensa, aunque le perjudique, de no sometimiento a las normas establecidas por el hecho de ser normas, de respeto ante la buena fe de los otros, de apasionada entrega a lo que uno cree ser lo verdadero o la mejor opinión, de humilde aceptación del error propio. Todo esto se da en Feijoo. Dicho de otra manera, el P. Maestro ni es el hombre que acepta las reglas establecidas sin antes meditar si puede estar de acuerdo con ellas, ni el que halaga a los otros para evitar enfrentamientos, ni el que lleva la contraria por puro espíritu de contradicción, ni el que se empecina en una idea sólo porque se atrevió a defenderla alguna vez. Quiero señalar a este respecto que nadie, que yo sepa, ha comentado lo que significa el tomo IX del *Teatro Crítico*, que es sólo un suplemento de los ocho anteriores. Allí encontramos confirmación de sus ideas u opiniones con nuevos argumentos, rectificación de errores, aclaración de sus propias dudas o de las dudas de los otros. En definitiva, ese culto a la verdad por la verdad misma, base sustentadora de toda su obra, y de la que nos habla en 1726, cuando comienza la publicación de su obra: «En cualquiera materia que se ofrezca al discurso es utilidad bastante conocer la verdad y desviar el error. El recto conocimiento de las cosas por sí mismo es estimable, aun sin respecto a otro fin alguno criado. Las verdades tienen su valor intrínseco, y el caudal o riqueza del entendimiento no consta de otras monedas» (5).

Feijoo es, pues, todo lo contrario del fanático, del intelectual de una sola cuerda. Es el prototipo de quien se entrega al mejoramiento de los otros, pero sólo por el camino de lo verdadero o, en su caso, del abrir opciones cuando el correspondiente problema no tiene una sola solución. ¿Liberal? No quisiera caer en anacronismos, ni en la utilización ambigua de palabras polisémicas; pero si ser liberal es aceptar que la verdad es múltiple, pero no indefinidamente múltiple, y por lo mismo aceptar la verdad de los otros, pero no la verdad interesada ni la verdad irracional, Feijoo sería un ejemplo maravilloso de liberal. Y en este concreto momento de la vida española, cuando para tantos el mundo es blanco o negro y el hombre ángel o demonio, sin matices intermedios; cuando se está conmigo o contra mí; cuando sólo hay genios o idiotas, patriotas o traidores, revolucionarios o fascistas, el espíritu de Feijoo, firme y comprensivo, luchador y humano, contestario y tradicional, siempre socrático, puede sernos muy útil en una Universidad y en un ambiente intelectual donde la libertad de espíritu se ahoga, en aras de no se sabe muy bien qué progreso del hombre.

(5) *Teatro Crítico Universal*, tomo I, discurso XVI, § 153.

Feijoo ni es una pétrea estatua para el recuerdo de las glorias nacionales, ni el autor al que hay que leer para aprender artes y ciencias. Feijoo es nada más ni nada menos que una actualísima lección de intelectual, vertida en todas las páginas de su *Teatro Crítico* o de sus *Cartas Eruditas*. Es el mejor ejemplo español de cómo se hace realidad la divisa kantiana de la Ilustración: *sapere aude*; divisa en la que tienen el mismo valor el *sapere* que el *aude*, porque se trata de saber, sí, pero de atreverse a saber, lo cual es una opción personal.

JOSE MIGUEL CASO GONZALEZ

Universidad de Oviedo.
Argüelles, 19, 3.º
OVIEDO.